

El París de los sueños*

Como el invitado a un banquete de esos que llaman de confianza, que, por habérsele trastornado el reloj, se hubiese anticipado a la cita y encontrado la casa a medio asear, por extenderse los manteles y al anfitrión caserito en zapatillas y todo remangado, enjugando la cristalería pedida prestada para la ocasión a los vecinos, así he hallado de revuelto y sin atavío el París de mis sueños.

París es la tierra de promisión de la América sajona que lo admira despreciándolo y de la América latina que lo admira incondicionalmente, lo venera envolviéndolo en un aura de deseos y lo copia servilmente en cuanto la capital del mundo tiene de censurable. Mucho antes de haber adelantado un pie camino de Francia los que hemos tenido la oportunidad de hacerlo, y siempre los que jamás han realizado ese ideal, todos hemos soñado con París. Todos hemos creído que era un dechado de maravillas al que nuestras insignificantes ciudades no llegarían jamás, por mucho que en ello se esforzaran, y nunca hemos querido desengañarnos de que pensar y dar por hecho que las cosas son como la imaginación se las figura, es ser un grandísimo mentecato. Ahí va la prueba.

Supongamos que se llega a París por la estación del norte, en las primeras horas de una mañana de estío, cuando la temperatura es grata y convida a los dormilones a salir de

* Laura Méndez de Cuenca, "El París de los sueños", *El Imparcial*, t. XXIII, núm. 3953 (28 julio de 1907): 8.

las sábanas. El pueblo, que es la mayoría, el pueblo, que es el que imprime carácter en las naciones, hierve en la calle entregado a sus varios menesteres, ignorante de que es buscado con solicitud por millares de turistas, para ser puesto de una vez en el pináculo convencional de la fama. ¿Qué fama? La que nadie osa discutir por temor de que lo tilden de bárbaro.

La estación del norte consiste en dos extensos patios cubiertos de vidrieras y tablas de hierro, donde se ha acumulado polvo desde el tiempo de los merovingios. El suelo tiene costras legendarias; los escasos bancos han sido puestos en desuso, por el asco que causan; cree uno que allí incuban los microbios de todas las pestilencias del cuerpo y del alma, y no va fuera de razón: el tifo flota en el ambiente y el mozo de la Aduana propone que se le coheche con 20 céntimos para dejar sin registro los baúles del viajero. Aunque no llevo nada de contrabando, acepto el trato por salir pronto de allí.

El coche que nos conduce al hotel tiene su correspondiente taxímetro, que va marcando el precio de la carrera a medida que crece la distancia: pero no obstante que los muelles del vehículo son de lo mejor, el caballo de tiro excelente y la pavimentación de las calles no deja que desear, el vehículo rueda al paso. Porque el mafioso automedonte ha notado que su carga viene de *extranjis*, y hay que apretarle la naranja para que suelte los cuartos hasta no

dejarle ni cara donde hacerse cruces. Mis ojos ven y mi razón comenta.

Vamos primero de norte a sur, luego de oriente a ocaso. Pasamos por las calles estrechas, por anchos bulevares, a la vera del río o sobre los hermosos puentes que lo cruzan, pasando por la puerta de todos los hoteles de París, excepto el pícaro deseado: tal parece que éste en que hemos de alojarnos se halla escondido, como la gruta del Pájaro Azul de los cuentos infantiles.

Mientras encontramos el camino recto a nuestro albergue vemos, a la orilla de las aceras, los canastos de la basura parisiense, -alineados y descubiertos, rebosando de materias en descomposición-. Los porteros los vuelcan sobre el embaldosado, para hacer a dos manos la selección de los desperdicios que, como en algunos otros países, es de rigor que vayan clasificados en los carros de desecho. A la remoción de la basura, los perros que pasan, tirando de los carros de verduras, ensanchan las fosas nasales al apetito de la escamocha, y siguen su camino, melancólicos. El bozal y la carreta a que están uncidos los privan de participar del festín.

Por la acera van y vienen mujeres que llevan en el sucio delantal, recogido, cuantas piezas de pan pueden acarrear de una vez, para venderlo, u hombres que abrazan un rollo de teleras casi de una vara de largo. Muchos transeúntes salen ya de las panaderías y llevan su bolillo al hombro a guisa de

escopeta, mientras las mujeres se lo meten en el arca, apretándolo bien bajo del brazo, y los chicos se lo ponen en la cabeza, sobre la gorra revolcada que les ha servido para sus juegos. Entonces pienso en lo que come París y en lo que tendré que comer yo, en pago de lo mucho que de la gran metrópoli me tengo prometido.

Llaman a misa. ¡Contraste singular! Por todas las avenidas, en la ciudad que acaba de dar un buen trancazo a la tiranía monacal, afluyen procesiones de niñas enlutadas, siguiendo a mujeres trajeadas con ropas monjiles. Van a la iglesia o salen de ella. Otros chiquillos, mayormente muchachos, que corren hacia la escuela pública, con cartapacios y talegas de libros en banderola, visten también unos delantales negros que parecen sotanas, muy lúgubres e impropios de la risueña edad. ¿Pues no dicen que el pueblo francés es alegre?

En nuestra lenta y forzada romería volvemos a repasar los bulevares amplios, tirados a cordel, sombreados por opulentas acacias, por tilos o líneas aromáticas. Se les ve el anhelo de ser elegantes en sus hermosas construcciones, en los exquisitamente vistosos escaparates que limitan a entrambos lados las banquetas, en la ausencia total de alambres y rótulos ondulantes, pero algo hay que los afea con rabia, algo que desdice la buena intención con que fueron hechos. El pero que no falta a ninguna obrada cumplida se llama aquí descuido, incuria, o quizá desprecio a los

extranjeros que vienen a embobarse en París y vaciarse los bolsillos, repletos del oro de América. El pero consiste en los extranjeros mismos, quienes se gozan en pagar, con largueza, la porquería de la vía pública, la imprudencia de las hetairas y los retruécanos groseros del cabaret.

Frente a las pequeñas mesas, en ringla, que hay fuera del café cantante, se alientan a contemplarse unos a otros, creyendo contemplar la Francia, individuos de todos colores y de todas razas; de pingües riquezas, de mediano pasar, de ningunos bienes de fortuna; buscadores de arte y de ciencias, y perseguidores de una peseta para desayunar o una ocasión con qué sacar la tripa de mal año. Son las 8 de la mañana y ya empiezan a ocuparse los asientos. Es que el calor compele a muchos a refrescar con ajenjo.

Como la procedencia de estos concurrentes al café de bulevar es varia, diferentes son los tipos de razas que allí se ven, diversas las fisonomías y los vestidos. El africano de cara de ébano y fez color de sangre se destaca entre caras de blanco linfático y cabellos rubios de las hijas de Albión; un rostro de tez amarillenta y ojos pequeñitos, vivos y un tanto oblicuos, asoma su orgullo de japonés victorioso por entre un par de hombros cuadrados que pertenecen, respectivamente, a dos cultivadores de café, venidos de América a Europa de sopetón sin preparativos previos, sin haber traspasado siquiera los umbrales de la escuela pública. Allí están

sorbiendo sus cañitas de limonada aquellas pobres mujeres de la América Central que acostumbraban viajar en los vapores más elegantes, en peinador o en ropa de levantar y más alhajadas que una odalisca. Allí están sonriendo las suripantas, que entraron de buena fe en el templo del arte y salieron sin palma y sin gloria para echarse por la calle de en medio; allí están las Gabriela Bompard de todos los países, las mrs. Thaw y las émulas de la bella Otero. Se miran unos a otros y se admiran o se envidian, y todos se forjan la ilusión de representar al genuino París de los sueños y las leyendas. Pero el verdadero París, el que bien valía una misa con toda la Francia, en el concepto de Enrique el bearnés, ese pasa a toda prisa a sus negocios, sin parar atención en sus huéspedes de un día. El París honrado no es la agrupación abigarrada del bulevar que no desdeña pasar las horas muertas sobre la alfombra de serrín del pavimento, donde se amasan las colillas de cigarro con los escupitajos, donde el bebedor del mingitorio se confunde con la fragancia de las flores de lis.

Los gorriones, revoloteando por los tilos, cantan y gorjean que es una gloria, pero si como el gran visir del sultán Mamourth, entendiéramos el idioma de los pájaros, oiríamos que dicen: ¡Qué lástima! ¡Qué vergüenza!

Cruzando la ciudad en todas direcciones, en busca de ese bendito hotel al que parece habérselo tragado la tierra,

vemos hermosos jardines, palacios artísticos y edificios soberbios. Grupos de estudiantes aguardan alborozados la hora de entrar en las aulas. Quiénes van a las escuelas de artes bellas, quiénes a las conferencias científicas, quiénes en pos de los mil y mil ramos del saber humano, en cuyo progreso sabe llevar Francia el estandarte. Ese sí que es el París de los sueños.

¡Ah! Al fin hemos llegado. Apenas vislumbrado el París intelectual que mi espíritu anhela, vuelvo a las menudencias de la vida toda mi atención: a despedir el coche de plaza, a ver por los sacos de mano, a arreglar las condiciones de nuestro breve hospedaje. Vamos de tránsito.

Otra vez vuelvo a imaginarme que he visto la capital del mundo como un convidado madrugador la casa del banquete, pero no me desaliento. Con todo el optimismo de que soy capaz, espero la hora del festín; cuando la sopa humea en los platos, la cortina de la puerta del comedor se abre en dos gajos y el mayordomo aparece y me dice: “Madame, est servie”.

Laura Méndez de Cuenca